

«¿Por qué son necesarios los carismas para hacer realidad una economía fraterna?»

En el título de la relación se establece un nexo lógico, no muy evidente, entre tres palabras: “economía”, “fraternidad” y “carisma”, que trataré ahora de ilustrar, subdividiendo la reflexión en tres momentos.

En una primera parte trataré de explicar por qué la fraternidad puede ser considerada como **la promesa no mantenida** de la revolución francesa, que había propuesto, el uno al lado del otro, los principios de “*liberté, égalité y fraternité*”.

En una segunda parte trataré de ilustrar el aporte ofrecido por los carismas (los de la historia y los actuales; los religiosos y los civiles) al desarrollo de la economía moderna.

La tercera parte, más breve, se concentrará en la trilogía del amor: *Eros, Philia y Agape* que, utilizando una jerga civil, podríamos traducir como “contrato” (*eros*), relaciones de reciprocidad (*philia*) y don gratuito e incondicionado (*agape*). La falta de una sola de estas cuerdas en el tejido social puede llevar a derivaciones patológicas y poner en riesgo la supervivencia misma de la sociedad civil.

Antes de entrar en lo vivo de los temas, permítaseme reconocer algunas deudas intelectuales. Muchas de las ideas que presentaré esta mañana son extraídas de dos libros que han inspirado fuertemente mi reflexión y mi propia vida. El autor de ambos volúmenes es el Prof. Luigino Bruni, de la Universidad Bicocca de Milán, al cual desde hace 10 años me une una fuerte amistad y el compromiso al servicio de un proyecto económico denominado “Economía de Comunión”, nacido de la chispa inspiradora de un carisma, el de Chiara Lubich. Muchas de las cosas que diré han sido escritas mirando a la experiencia carismática del Movimiento de los Focolares aunque – de ello estoy convencido – se trata de pensamientos que tienen un valor universal y por lo tanto pueden servir de estímulo también en este contexto.

1. En la organización moderna de la sociedad, el **mercado** busca realizar los principios de libertad e igualdad. Los mercados representan, al menos en teoría, un lugar en el cual las personas son libres de interactuar. Pero en el siglo XVIII el mercado nace también con un segundo objetivo: ayudar al hombre moderno a liberarse de las relaciones jerárquicas y verticales de la sociedad feudal. Por esto Adam Smith lo describe como el lugar por excelencia de la relación entre pares.

Análogamente, libertad e igualdad deberían ser la característica distintiva de la **acción política**: libertad de voto y de opinión, de un lado; igualdad de todo ser humano frente a la ley; principio “una cabeza un voto” en el ejercicio de los derechos cívicos; reconocimiento de que es necesario ofrecer a todo ciudadano las oportunidades necesarias para un pleno desarrollo económico y social.

¿Y la fraternidad? La sociedad moderna parecería haber renunciado a atribuir un rol equivalente al principio de fraternidad y está propiamente constituida en torno a la idea de que el ordenamiento social es más seguro si se apoya en el interés antes que en el amor y en la fraternidad. La fraternidad parece hoy una categoría olvidada, ya sea en las reflexiones económicas que en las políticas ... y este su eclipse ha terminado por disociar la libertad de la igualdad, llevando a la notoria contraposición entre el momento económico de la producción del bienestar (eficiencia) y el momento político de su redistribución (equidad).

En un reciente libro, titulado “*La herida del otro*”¹, Luigino Bruni desarrolla una interpretación inédita de las razones que han llevado, en la sociedad contemporánea, al afirmarse de estas dos instituciones a menudo contrapuestas: Mercado y Estado.

El libro de Bruni nace de una intuición, sugerida por el texto bíblico que narra la lucha entre Jacob y el ángel. «*Durante aquella noche [Jacob] se levantó ... y pasó el vado de Yabbok. ... Jacob se quedó solo y un hombre luchó con él hasta el despuntar de la aurora. Viendo que no lograba vencerlo, le golpeó en la articulación femoral y el fémur de Jacob se dislocó, mientras continuaba luchando con ese hombre. Aquel le dijo: “Déjame ir, porque ha despuntado la aurora”. Jacob respondió: “No te dejaré, hasta que no me hayas bendecido!” . Le preguntó: “Cómo te llamas?”. Respondió: “Jacob” . Replicó: “Ya no te llamarás más Jacob, sino Israel, porque has combatido con Dios y con los hombres y has vencido!” . Jacob entonces le dijo: “Dime tu nombre”. Le respondió: “Por qué me pides el nombre?”. Y aquí lo bendijo.»*

La intuición transmitida por el texto del Génesis es el indisoluble vínculo, presente en toda auténtica relación humana, entre “herida” y “bendición”. “*Antes o después – escribe Bruni – toda persona hace una experiencia que marca el inicio de su plena madurez: comprende en la propia carne e inteligencia que, si quiere experimentar la bendición ligada a la relación con el otro/a, debe aceptar la herida. Comprende, esto es, que no hay vida buena sin pasar a través del territorio oscuro y peligroso del otro, y que cualquiera que sea la vía de fuga de este “combate” y de esta agonía conduce inevitablemente hacia una condición humana sin alegría.*”

La tradición antigua había intuido la naturaleza ambivalente de la vida buena: no se puede ser felices sin *communitas*; pero precisamente por la necesidad esencial de las relaciones con los demás, la vida buena es frágil y se entrelaza, en varios modos, con la muerte. Emblemáticos, a este propósito, son los mitos fundadores de algunas ciudades de la antigüedad. La primera ciudad de la Biblia (Enoch) es fundada por el fratricida Caín, mientras la constitución de Roma está asociada al asesinato de Remo de parte de Rómulo. La fraternidad, en la historia, se ha revelado a menudo una experiencia de sufrimiento y de muerte. Por esto, a los riesgos propios en la vida en común – a la *communitas* – la modernidad ha preferido la escapatoria de la *immunitas*, entendida como la búsqueda de una tierra franca en la cual los seres humanos pudiesen encontrarse sin herirse. Es en esta perspectiva que puede ser leído el rol de mediación desarrollado sea por el mercado que por el Estado.

No podemos profundizar este aspecto ... pero es cierto que en el corazón del pensamiento político sobre el cual se ha construido la modernidad (Machiavelli y Hobbes) hay un radical pesimismo antropológico. El individuo es un ser malvado, temeroso, incivil y mañoso. Por esto, para poder salir de su condición de naturaleza, se necesita un mediador, que Machiavelli identifica en el Príncipe y Hobbes en el Estado-Leviatán. La sociedad moderna se constituye sobre un contrato social que presupone personas libres, independientes y marcadas por el “mutuo desinterés”, porque sentimientos, sentido de pertenencia, amistad y vínculos fuertes son todos ellos asuntos peligrosos, que tienden a hacerse particularistas y exclusivos. La gran sociedad pluralista y libre tiene necesidad, para poder ser “justa”, de individuos sin vínculos ni pasiones.

¹ Bruni, L. (2007), *La ferita dell'altro*, Trento: Il Margine.

Diversa, aunque con cierta semejanza, es la vía de salida representada por el mercado. La ciencia económica, de Adam Smith en adelante, promete una vida en común sin sacrificio. La búsqueda del interés personal, en primer lugar de orden material, es considerada una condición importante para atemperar y canalizar otras pasiones humanas, mucho más graves y nocivas, como la envidia, la venganza, la sed de poder. En el mercado ya no es necesaria la benevolencia ... basta seguir el propio interés material ... basta comportarse de modo desinteresado hacia los demás y por lo tanto no intencionalmente nocivo, a fin de que la mano invisible pueda orientar las acciones individuales hacia la promoción del bien común, entendido como la suma de intereses individuales. También el mercado, en el cual actúa el *homo oeconomicus*, representa una gran vía de fuga del contagio de la relación personal con el otro. El filósofo Roberto Esposito sostiene que el contrato, sobre el cual se basan las relaciones mercantiles, contiene ese pedacito de relacionalidad necesario para aniquilar las relaciones humanas potencialmente peligrosas, tal como en una vacuna está contenido el ADN del virus. Inoculando la vacuna se permite al organismo la producción de los anticuerpos necesarios para vencer la infección.

Así como todo encuentro cara a cara, toda relación horizontal, toda relación que nos interpela en primera persona ... es un icono de la batalla entre Jacob y el ángel, así como las relaciones interhumanas que dan sabor y perfume a nuestra vida (*la bendición*) llevan también inscrita en sus carnes la posibilidad de que el otro, al final, nos traicione (*la herida*) ... por miedo a esta negativa y a este sufrimiento, la modernidad ha preferido confiarse a las relaciones mediatas y anónimas del Estado y del mercado.

Por esto se busca diseñar las instituciones económicas y las políticas en modo tal de poder economizar el amor y proteger eficazmente al individuo de la deriva, siempre posible, de la fraternidad.

En los últimos años ha habido un reconocimiento unánime del rol que el capital social desarrolla, sea a nivel de desarrollo económico que de progreso político y civil de la sociedad. El capital social comprende dimensiones a veces difícilmente cuantificables como "la moralidad, el sentido cívico, la lealtad, la confianza y el respeto de elementales normas sociales". Confianza y lealtad, nos lo ha recordado la reciente crisis del sistema financiero internacional, son recursos esenciales tanto para el mercado cuanto para el sistema político. Para funcionar ellos tienen necesidad de capital social, como una máquina hecha de engranajes necesita del lubricante y un ser viviente necesita de oxígeno. El capital social es, en proporción al capital ambiental, un recurso que la sociedad debe poder conservar y regenerar. La economía de mercado, lamentablemente, consume capital social, sin saber qué hacer para reproducirlo. El motivo de esta esterilidad de la economía capitalista está explicado en un extraordinario artículo del economista político Albert Hirschman, publicado hace más de 20 años. El artículo se titula: "*Contra la excesiva parsimonia. Tres modos simples para complicar algunas categorías del discurso económico*".² Y bien, la idea de que moralidad, espíritu cívico y confianza, sean recursos a economizar, nos dice Hirschman, es completamente absurda. La cantidad de sentido cívico no está destinada a disminuir a través de su uso, como ocurre con el petróleo o con otros recursos naturales. Es cierto más bien lo contrario. El espíritu cívico se asemeja a la capacidad de hablar una lengua extranjera o a tocar el pianoforte.

² Hirschman, A. (1985), *Against parsimony. Three easy ways of complicating some categories of economic discourse*, *Economics and Philosophy*, 1: 7-21.

Es una habilidad que se atrofia cuando nunca se le usa. Antes que desalentar el recurso al espíritu cívico, sustituyéndolo con la lógica del interés, la sociedad moderna debería tratar de favorecer su uso, consciente de que el modo mejor para conservar el stock de capital social consiste precisamente en el promover su utilización.

2. No es por lo tanto cierto que el amor, que aquí utilizamos como sinónimo de fraternidad, espíritu cívico, y capital social, no tienen nada que ofrecer al mercado y a la organización política de la sociedad moderna. Nos lo recuerda una lectura menos distraída e ideológica del rol desempeñado por los carismas en la historia de la humanidad. Pero qué cosa se entiende exactamente con el término carisma? La palabra “carisma” resume algunas ideas como “gratuidad”, “vocación”, “motivaciones intrínsecas”. En el último libro de Bruni, escrito con una joven economista salesiana, Alessandra Smerilli, y titulado “*Bendita Economía*”, viene dada esta definición:

“Cuando los carismas actúan en las dinámicas civiles, con ellos entra en escena una dimensión de la acción caracterizada por una fuerza extraordinaria y rara, que el pensamiento cristiano ha querido llamar “agape”, amor gratuito. (...) El carisma es un don del Espíritu para la edificación del bien común, un don que actúa en todos los niveles y lugares de las comunidades y sociedades humanas (...) [En una palabra] las experiencias carismáticas son el don de “ojos diferentes”, que hacen entrever dentro de los problemas otras tantas bendiciones.”³

La tesis fundamental del volumen es sencilla: la historia de la humanidad, comprendida la económica, puede ser leída como el resultado de la acción y del diálogo de dos principios, el carismático de un lado y el institucional del otro.

Por esto la vida económica es ciertamente lugar de intereses materiales, de envidia, de avaricia, de especulaciones y de búsqueda de la ganancia. Pero al mismo tiempo es también un lugar de pasiones, de ideales, de sufrimiento y, por qué no, de amor (Zamagni, 2007). La mirada de los carismas ayuda a transformar los problemas en recursos y en oportunidades, gracias a los ojos diferentes con los que se mira al mundo. Desde esta perspectiva, no podemos dejar de reconocer el rol importantísimo desempeñado por los carismas de la historia en el desarrollo de la moderna economía de mercado.

El cristianismo – desde el medioevo – ha dado vida a un humanismo que ha sabido incidir profundamente en las instituciones y en el mismo pensamiento económico de la modernidad. Pensemos por ejemplo en la experiencia monástica, que ha sido la cuna en la cual se ha formado el primer léxico económico y comercial del bajo medioevo. El programa de vida benedictino “*Ora et labora*” ha representado algo más que una vía de mera santidad individual: la cultura benedictina se convirtió en los siglos en una verdadera y propia cultura del trabajo y de la economía. La lectura tradicional, y todavía dominante en la historiografía, ha descrito el nacimiento de la economía de mercado como un momento de ruptura respecto al cristianismo construido sobre la caridad, sobre el don y sobre la vida de comunidad. La cultura del contrato – se dice a menudo – se ha afirmado “desplazando” a la del don, y la racionalidad económica ha surgido de las cenizas de la reciprocidad. En realidad, la génesis de la economía de mercado ha ocurrido en modo profundamente diferente de esto, una recíproca contaminación entre don y contrato, entre fraternidad e intereses.

En el mundo greco-romano el trabajo no era un elemento de la vida buena; esta última era más bien prerrogativa de la vida política y en la política no había lugar para quien trabajaba. El hombre libre no trabajaba.

³ Bruni, L. e Smerilli, A. (2008), *Benedetta economia*. San Benedetto e san Francesco nella storia economica europea. Roma: Città Nuova

Al vértice de la pirámide social estaban los “no trabajadores”, esto es rentistas, eclesiásticos o aristócratas, que no podían y no debían trabajar. No es así para la Regla Benedictina. “Contemplar” y “trabajar” no son más dos elecciones de vida alternativa, sino “*dos aspectos inseparables, cada uno de los cuales termina por dar el verdadero sentido al otro*”. Sin el carisma de San Benito, el trabajo no hubiera tenido el espacio y la importancia que reviste en la sociedad contemporánea.

Un rol decisivo en el nacimiento de la moderna economía de mercado lo ha desarrollado después el carisma franciscano. El franciscanismo representa, en la historia de la economía y de la sociedad occidental, un momento de gran importancia y, al mismo tiempo, una paradoja: un carisma que ha puesto al propio centro “hermana pobreza”, el desapego incluso material de los bienes como signo de perfección de vida, se convirtió en la primera “escuela” económica de la cual emergió el moderno espíritu del capitalismo. De este gran movimiento cultural nacieron en efecto, en la segunda mitad del siglo XV, los Montes de Piedad, primero en Umbría y en las Marcas, para extenderse en toda Italia y en seguida también en el resto de Europa. La razón principal que llevó al nacimiento de los Montes de Piedad fue la “fraternidad”, no un propósito netamente económico-financiero: dada la imposibilidad para las familias menos pudientes de tener acceso al crédito a una equitativa tasa de interés, y por esto constreñidas a dirigirse a los usureros y por lo tanto a precipitarse en la miseria, los franciscanos de la reforma promovieron estas instituciones como medio de “cura” de la miseria y de lucha contra la usura. Las varias formas de finanzas éticas, de cajas rurales, y de micro-crédito del mundo contemporáneo pueden ser leídas como desarrollos naturales de aquella antigua intuición originada por un movimiento espiritual.

La acción de los carismas religiosos y civiles en la historia de los últimos 4 siglos ha sido vasta y potente y ha puesto las premisas para el nacimiento de los actuales sistemas de bienestar. Vicente de Paúl, Don Bosco, Madre Teresa ... pero también Yunus, Henri Dunant, el pastor Sieber “*han recibido ojos para ver en los pobres, en los vergonzantes, en los abandonados, en los chicos de la calle, en los inmigrantes, en los enfermos, también en los deformados, algo de grande y de bello por lo cual valía la pena de gastar la propia vida y la de los centenares de miles de personas que los siguieron, atraídos e inspirados por aquellos carismas. Todavía hoy podemos encontrar miríadas de personas portadoras de carismas, que todavía fundan cooperativas sociales, ONGs, escuelas, hospitales, bancos, sindicatos, luchan por los derechos negados a los demás, el ambiente, los niños, porque ven “más allá” y “otras cosas” que todos los demás*” (p.37)

Inspirado por estas reflexiones, quisiera contar algo de la experiencia carismática de la cual, desde muchacho, he tenido la fortuna de ser partícipe y testigo: el focolar de Chiara Lubich. Me ha venido espontáneamente hacerme esta pregunta: ¿para responder a cuáles urgencias, a cuáles anhelos del hombre contemporáneo había necesidad de aquel particular “*don de ojos nuevos*” que Dios ha dado a Chiara Lubich y al Movimiento de los Focolares? Sin tener la pretensión de responder en modo exhaustivo, he advertido en mi corazón la certeza de que palabras como “unidad”, “fraternidad”, “comuniión” y “amor recíproco” pertenecen al carisma de Chiara en tanto cuanto la sed de todas estas realidades señala la condición humana de la modernidad. Recientemente un amigo me ha señalado un libro de Igino Giordani, hombre político italiano, que Chiara Lubich a menudo solía definir “cofundador del movimiento”. El título del libro es: “*El hermano*”. Encontramos escrita esta frase:

*“Por el milagro del amor divino, el hermano, Dios y yo entramos en una relación de igualdad. El hermano se convierte en un canal, a través del cual la divinidad fluye en la humanidad: uno de los innumerables medios con los que Cristo continúa su encarnación para la común redención”*⁴

Por el particular don de ojos nuevos recibido por Chiara, siento que puedo decir que las experiencias económicas nacidas en estos años de su carisma, del cual la economía de comunión es tal vez la expresión más notable, tienen en común una característica: son experiencias fraternas, sencillas, de pueblo. *“Somos pobres, pero muchos”*, fue el slogan que Chiara lanzó en Brasil en el 1991 cuando nació el proyecto. La economía de comunión no puede por tanto ser una experiencia que gira en torno a la figura de un filántropo, o de un gran empresario, que da el propio superfluo a los “pobres” sin poner en discusión la propia vida, y convertirse él mismo hermano e igual a aquellos “pobres” que ayuda. La igualdad y la fraternidad son, en otras palabras, la quintaesencia de la vida de las empresas de la economía de comunión.

En segundo lugar, en el ADN de la EdC está sea el monaquismo benedictino que el carisma franciscano. Chiara Lubich tuvo la primera intuición de lo que se convertiría en la Economía de Comunión mirando desde lo alto la abadía benedictina de Einsiedeln, en los primeros años sesenta: del Movimiento de los Focolares, dijo, nacerá algo similar a las abadías benedictinas, que mostrará un moderno “ora et labora”, pero con verdaderas y propias industrias y chimeneas. Los “Polos industriales” de la EdC que están surgiendo en diversos países del mundo son la realización de aquella intuición. Además Chiara fue de joven terciaria franciscana ... Todo esto nos legitima a leer la EdC como un florecimiento del árbol milenario de los “carismas” al servicio de la cultura y de la vida civil.

Para poder sostener el proyecto se necesitan por tanto personas que no vivan en modo disociado el propio ser cristianos, que adviertan la necesidad de basar la acción económica sobre más dimensiones, a fin de que en el mercado y en la empresa, donde ellas transcurren momentos significativos de su propia existencia, encuentren espacio, junto a la libertad de expresarse y de buscar tal vez también un interés económico, dimensiones como la equidad y la justicia, el sentido de responsabilidad y la reciprocidad, el don y la belleza.

Precisamente por este motivo las empresas EdC son mucho más que un instrumento para crear riqueza a distribuir. La rentabilidad de la futura empresa no es el criterio principal para empeñarse, porque más importante es poder hacer una experiencia de vida económica coherente con los propios ideales y participar en la creación de una sociedad humana inspirada en la comunión y en la fraternidad.

La Economía de Comunión está muy lejos de la visión del mercado expresada, por ejemplo, por el teólogo Michael Novak, líder de opinión de los neoconservadores norteamericanos. Para Novak el protagonista indiscutible de la economía capitalista es el individuo que, en el mercado, realiza plenamente su propia vocación a la libertad. A fin de que este sistema sea sostenible en el tiempo es sin embargo necesario que el empresario haga propio un código de comportamiento moral. El empresario tendría necesidad de una espiritualidad que lo aliente a realizar en la esfera privada obras humanitarias y de beneficencia. Es como decir que mediante el recurso a una espiritualidad el empresario logra hacerse santo, no obstante el éxito económico, no obstante el hecho de ser en primer lugar un hombre de negocios de éxito.

También Chiara Lubich siempre ha indicado la economía de comunión como un camino de santidad para el empresario ... pero lo ha hecho subrayando que hacerse santos significa vivir las vicisitudes económicas como todo otro aspecto de la vida, reconociendo en ellas la posibilidad de cumplir, con las elecciones que hagamos, la voluntad de Dios.

⁴ Giordani, I. (1954), *Il fratello*, 3ed, Roma: Figlie della Chiesa

Por esto las sirenas de la fabrica son un llamado a la santidad ... son sagradas como la campanilla del claustro para el monje... son el signo tangible de que es posible buscar una “santidad civil”, porque los valores y los principios a los cuales damos atención en la esfera privada deben orientar también todo nuestro actuar en el mundo de los negocios. Este es el desafío que se necesita continuamente relanzar a quien se empeña en el proyecto de la economía de comunión ... porque si el principio de fraternidad y la dimensión comunitaria no encuentran plena aplicación en las dinámicas internas de las empresas de Economía de Comunión, viene a menos la chispa inspiradora del carisma que ha generado esta experiencia, todo, antes o después, termina o pierde su identidad.

3. Quisiera concluir volviendo al artículo de Hirschman, citado antes. El espíritu cívico y la benevolencia no son sólo habilidades que crecen hasta el infinito con su ejercicio. Hay un punto más allá del cual demasiado sentido cívico pone en peligro la supervivencia misma de las personas y de una comunidad. Uno puede equivocarse por defecto, y este es el error cometido por la sociedad moderna. Pero se puede también equivocarse por exceso. La sociedad buena necesita reglas y contratos, que fungen de puntal, de fondo sobre el cual pueda florecer la vida civil, reduciendo esa natural tensión insita en el hecho mismo de vivir en sociedad, entre nosotros y los demás, entre el amor propio y la felicidad pública. Por esto, también en las experiencias de economía carismática es importante no disociar (sino vivir con el mismo espíritu, en modo unitario) las tres formas de amor, Eros, Philia y Agape, o sea la lógica del contrato y del mutuo interés, la amistad y la colegialidad y la fraternidad universal (el amor incondicional, que nos impulsa a sentirnos hermanos incluso en la relación con los últimos, los indigentes, con todo hombre que pasa a nuestro lado, una reciprocidad que presupone gratuidad y *agape*)

Una experiencia económica carismática no es madura, equilibrada y no puede desarrollarse armoniosamente en el tiempo, si no vive simultáneamente todas las tres formas del amor. Es esta la intuición indicada en el ultimo capítulo del libro de Bruni y Smerilli. La solidez y la identidad de una organización carismática (que definimos como stock de fraternidad) no depende de la suma de las tres formas de amor, cuanto más bien de su producto:

$$R = C (\text{eros, contrato}) \times A (\text{philia, amistad}) \times G (\text{agape, gratuidad}).$$

Las consecuencias de esta forma funcional, de naturaleza ejemplar, son obvias: si un tipo de amor va a cero, es el entero stock que termina por anularse. No hay pues contraposición entre Eros, Philia y Agape, sino complementariedad ... así como complementarios son los principios de libertad, igualdad y fraternidad y, para volver al título de la relación, una economía y una política fraterna.

No hay lamentablemente tiempo para desarrollar esta última parte de la reflexión. “*Bendita economía*” concluye ejemplificando las patologías en las que las organizaciones carismáticas, pero me gustaría decir toda la sociedad, pueden incurrir si falta en el arco una de las tres flechas, una de las tres formas de amor. Se cae en el “*modelo utópico*”, si se piensa que las reglas y los contratos (Eros) no sirvan o sean incluso dañinos. La ausencia de *Philia* hace por contra degenerar la sociedad hacia el “*modelo paternalista*”. Finalmente la desaparición del *Agape* y de la gratuidad, entre todas las patologías ciertamente la más engañosa por su largo periodo de incubación, desemboca en el “*modelo desencantado*”. No perder la apertura al *agape*, a la gratuidad, mantener viva la atención hacia los últimos de los últimos, no cerrarse en un comunitarismo o en una fraternidad restringida a nuestros iguales ... es el más difícil de los desafíos, tanto para el mundo político cuanto para el económico. Para mantener vivo este desafío es necesaria la fuerza de los carismas ... que nos ponen ante los ojos y el corazón la meta, rica en bendiciones pero no falta de heridas, de la fraternidad universal.